

## Núm. 8.

Semanario del Nuevo Reyno de Granada,

Santafé 21 de Febrero de 1808.

Señor Don Francisco Joseph de Caldas.

La verdad se descubre por medio de la lucha de las opiniones entre sí.

Sin embargo de que no serè yo, el menor apreciador de su bello Discurso-geográfico, ni el que mènos lo haya elogiado; leyendo en él una opinion opuesta ó contradictoria á la que sigo, en la materia de que Vmd. como por incidente tocó en el segundo núm. del Semanario; he creído interesante al Público (al mènos al filosófico) la discusion sobre ella, porque entiendo que las conseqüencias que pueden deducirse de la de Vmd. podrían tal vez inducir un error moral en aquellos que, sin embargo de la rapidéz con que Vmd. se explica, se detengan à inculcar ò exâminar el sentido de su expresion.

Este es el único agente que há movido mi pluma, y el objeto sobre que me he propuesto tratar en esta Carta: entro pues en materia.— En el 2 párrafo de aquel Semanario y à la conclusion de él, sienta Vmd, esta proposicion: „Hay pocos puntos sobre la superficie del Globo mas ventajosos para observar, y se puede decir, para tocar el influxo del Clíma y de los alimentos, sobre la constitucion física del hombre, sobre su carácter, sus virtudes y sus vicios.“

Parece no queda duda, que por esta asercion cree Vmd. que el Clima y los alimentos, influyen directamente sobre las virtudes y sobre los vicios de los hombres; y esta opinion es la que pienso combatir, porque la mia no conoce otro principio para obrar el hombre el bien ò el mal, que su misma constitucion, los buenos ò malos exemplos que se le presenten, y la buena ò mala educacion que reciba; siendo por consequencia indiferente para lo uno y para lo otro la influencia del Clima y de los alimentos. Bien sé que Vmd. en su opinion sigue la de muchos Escritores reputados por buenos filósofos; y como la mia tampoco es tan singular que no tenga en su séquito otros muchos de igual reputacion, la expondré fundándola en la experiencia y en la historia, que son las bases sobre que pretendo persuadir al Lector imparcial, y las únicas que deben decidir en la materia.

El Clima no puede alterar la moral de los hombres que es la razon por esencia. Yo convengo que el calor y el frio en sumo grado tienen influencia sobre las pasiones del hombre: Se nota por experiencia en los Países de Europa, que así en los días mas ardientes de la Canícula, como en los mas frios del Invierno, son en los que se cometen por los hombres los mayores y mas frecuentes delitos: y tal vez por esta observacion los Legisladores antiguos Griegos y Romanos, dispusieron que en los dias de aquellas crisis, se celebrasen unas Fiestas capaces de disipar la melancolía y el mal-humor, como fueron las de los Reyes entre los prúnceros, y las Saturnales entre los se-

gundos. Pero tambien se advierte, que aquellos mismos tiempos son fecundos en acciones grandes; porque la efervescencia de las Estaciones obra sobre nuestros sentidos, del mismo modo que obra ladel vino: nos dá un grande impulso; pero indiferente hácia el bien ò hácia el mal.

La naturaleza há puesto en nuestra alma dos potencias, que se balancéan siempre en una misma proporcion: quando el sentido-físico nos abate por la fuerza del amor, el sentimiento-moral de la ambicion nos eleva. Este equilibrio tan necesario al império de la virtud, subsiste siempre y no se altera, sinó en aquellos en quienes há sido destruido por los malos-habitos de la Sociedad, y mas frecuentemente por los de la educacion. Entonces, no teniendo yá la pasion-dominante aquel contrapeso, se hace dueña de todas nuestras facultades; pero èsta falta, mas debe atribuirse, como se vé, à la Sociedad, que à la naturaleza: y si la educacion es la principal causa de aquel desórden, por ella puede corregirse, sin recurrir al inútil remedio del temperamento.

Sin embargo de esto: una observacion bastante notable me hace opinar, que aquellas mismas Estaciones de calór y frío, no influyen sobre las pasiones del hombre, sinó obrando mas sobre su moral que sobre su físico. Confieso que esta reflexion tiene el ayre de paradóxa; pero la apoyaré con una experiencia, que és constante y notória à todos.

Si el calór y el frío de un Clíma obra, como se há dicho, sobre el cuerpo-humano, nunca lo haria con mas fuerza que quando está en el seno-materno, del

mismo modo que lo executa con los animales y las plantas. En un País constantemente ardiente, como Carthagèna ò las Islas de Barlovento, los animales y las plantas traídas de Europa, aceleran sus partos y desenrollos, comparados los dos climas; y lo mismo han observado algunos que sucede con los huevos de gallina, sacados en el Estío ò en el Invierno en Europa. Pero, como dixo un Sábio à este propósito, y como lo vemos todos; en Carthagèna, en las Antillas, y en qualquiera otro País del mundo, sean blancas ò negras las mugeres, todas llevan sus hijos nueve meses en su seno: de qué se deduce, que el cuerpo del hombre no està sujeto à las mismas leyes que el resto de los animales.

En efecto, la naturaleza manifiesta aquí una intencion moral, por la qual conserva el equilibrio de la poblacion entre las Naciones; y ella sería desordenada, si las mugeres tuviesen mas frequentes sus partos en los Países cálidos que en los frios. Esta intencion moral se manifiesta aún mas, en la admirable proporcion con la qual nacen los dos sexôs en casi igual número, con la misma diferencia en unos países que en otros, compensándose aquella corta desigualdad, con que si hay un poco de mas número de mugeres que de hombres, v. g. en los del Mediodia de Europa, hay tambien mas hombres que mugeres al Norte: como si por este mèdio quisiese la naturaleza, convidar à los Pueblos mas retirados à reunirse ò acercase à los otros por los matrimonios.

De este modo se prueba, que el Clima influye so-

bré la moral del hombre; pero jamás creeré que le determine à obrar el bien ò el mal: y aunque esta supuesta determinacion sea reputada en algunos libros por basa de la Legislacion de los Pueblos, no hay en mi concepto opinion filosófica mas bien rebatida que esta, por todos los testimonios de la historia.

Muchos de estos Filòsofos han decidido con la mayor satisfaccion, siguiendo sus juicios: „que en las altas montañas es donde la libertad há escogido su asilo: „que del Norte es de donde han salido los feròces Conquistadores del Mundo;“ y al contrario: „que en el Asia reyna el despotismo, la esclavitud y todos los vicios, políticos y morales, que se derivan de la pérdida de la libertad.“ Yo les preguntaré: Cónque segués necesario que reglèmos por los Barómetros y Termómetros las virtudes y las felicidades de las Naciones? Pues á la verdad que sin salir de Europa, vemos una multitud de Montañas-monárquicas, (que en el concepto de aquellos Filòsofos es el Gobierno opuesto à la libertad) tales como las de Saboya, una parte de los Alpes, el Apenino y los Pireneós; quando al contrario en sus llanuras vemos muchas Repùblicas, como la de Holanda, la de Polonia, Venécia y la Inglaterra. Obsérvese por otra parte, que estos mismos Territorios han experimentado alternativamente diversas suertes de gobiernos. Ni el frío ni el calor dán à los hombres la energia por la libertad, y todavia menos la injusta ambicion de arrebatarse la de los otros. Los

Paisanos de la Rùsia, de la Polònia, y de las frías montañas de Bohemia; esos Países tan decantados como „la „pátria de los feróces Conquistadores del Mundo,“ son esclavos despues de muchos años, entretanto que los Angrias y los Marátas son libres y tiranos en medio del Asia. En las Costas mismas del Africa á su parte septentrional se encuentran muchas Repùblicas, á pesar de ser ardientísimas. Los Turcos que han invadido la mas bella porcion de la Europa, salieron del mas dulce clima del Asia.

Pero todavía los partidarios de la opinion opuesta, quieren sostenerla con exemplos y deducciones: Citan con énfasis la timidèz de los Siameses, y la de la mayor parte del Asia; pero lo cierto és, que aquella viene á ser entre aquellos Pueblos, mas bien hija de la multitud de sus tiranos, que del calor del Clima. En oposicion les citaré yo los Macasares, que habitan la Isla Celébes, situada casi baxo de la Línea: estos tienen un valor tan intrépido, que el valiente Conde de Forberr fiere, que un pequeño número de estos Insulares puso en huida con unos simples puñales á todos los Siameses y Franceses, que tenia baxo sus órdenes en Bancotk, á pesar de que los primeros eran en gran número, y que los segundos estaban armados con fusiles y bayonetas.

Si de la passion del valor pasamos á la del amor, verémos igualmente que el Clima no determina tampoco las acciones de los hombres. Sobre los excesos de esta passion me referirè al testimonio de los viageros, y ellos nos diràn si los Pueblos del Norte ó los del Sur

se llevan ventajas. Lo cierto és que en todos los Países, el amor es una Zona-tòrrida para el corazon del hombre. Pero observèmos como de paso, que las reparticiones que han hecho los Filósofos-climistas, poniendo el amor entre los Pueblos del Medio-dia, y la del valor en los del Norte, han salido de su pura imaginacion; y es bastante célebre que esta reparticion la hagan en los Países extrangéros para ellos: pues por lo que mira á los suyos, saben reunir en ellos aquellas dos qualidades. Por esto, segun sus juicios; un Francés es tan grande hombre para el amor, como para la guerra; lo que no aplican á las demás Naciones. En una palabra: segun ellos un Musulmán con su Serrallo és un afeminado, y un Ruso ó qualquiera habitante del Norte es un Dios Marte; pero estas distinciones se destruyen por esta simple question: Las Tòrtolas de Rusia ¿son ménos amorosas que las del Asia? y los Tigres del Asia ¿son ménos feroces que los Osos blancos de la Nueva Zémbla.?

Esta misma question podría yo hacer á Vmd. Señor Don Francisco, sobre los diversos Clímas que ha corrido y observado: pues en su florido y bello Discurso pasa con tanta rapidèz sobre el fundamento de su opinion, que no nos define siquiera por un rasgo, què efectos observó en lo fisico y moral del hombre, en tanta variedad de temperamentos, que le determinasen à decir „que se tocaba como con la mano la influencia del Clí-  
„ma y de los alimentos, sobre su carácter, sus virtudes y  
„sus vicios.“ Entretanto pues que se sirva ilustrarnos con

sus observaciones, continuaré yo rebatiendo la opinion de los Filòsòfos - climistas.

Sin salir fuera de unos mismos Lugares à buscar entre los hombres los objetos de comparacion, encontraremos sin disputa mas diversidad de costumbres, de opiniones, de vestidos, y aún de physiognomia entre un actor de ópera y un Ermitaño, que no la hay entre un Sueco y un Chino. ¡Qué diferencia tan enòrme no se toca entre los Griegos del dia, charlatanes, aduladores engañosos, tan amantes de la vida; y los Turcos sus amos, tan silenciosos, altaneros, sincèros y siempre prontos à consagrarse à la muerte! Pues à pesar de esto, aquellos hombres opuestos, hà muchos siglos que están naciendo en unas mismas Ciudades, respíran el mismo àyre, y viven de los mismos alimentos.

A este argumento, parece que óigo responder à los Filòsòfos (y responden en efecto) „que aquellos hombres no son de una misma raza“ (por que el vano orgúllo atribuye un gran poder à los efectos de la Sangre); pero yo les replicaré, que la mayor parte de aquellos Genízaros tan formidables à los tímidos Griegos, son comunmente sus propios hijos, aquellos que entregan forzados como tributo à sus amos, y pasan despues à ser de aquel primer Cuerpo de la milicia Otomana. — Busquemos otro exemplo que no admita aquella respuesta: Los Bayadores de la India tan entregados à deleytes, y sus Penitentes tan austèros, ¿no son de una misma nacion, y frecuentemente de una misma familia?

*Se concluirá en el núm. siguiente. — — — Con líc. del Sup. Gob.*